

M. P. IRIGOYEN TROCONIS, (COMP.), *La universidad novohispana. Voces y enseñanzas clásicas*, México D.F., UNAM, 2003, 151 pp.

El proceso de la colonización española de América se ha entendido siempre, entre otras cosas, como el trasplante de una cultura de un mundo a otro. A medida que se fueron estableciendo las instituciones de las que se servía la metrópoli para ejercer el control político y administrativo de las zonas colonizadas, se hacía necesario vigilar la educación de la nueva sociedad criolla. Así las cosas, no se hizo esperar la fundación de las primeras universidades en el Nuevo Mundo: en 1538 vio la luz la de Santo Domingo; en 1551, la de Lima y la de México, que fueron consideradas durante los tres siglos siguientes las universidades mayores o *generales* de Hispanoamérica. En opinión de la investigadora Águeda María Rodríguez Cruz, “la fundación de las universidades en el Nuevo Mundo, hijas e imitadoras de Salamanca, es uno de los capítulos más gloriosos de la obra cultural española en América, *la gran epopeya de la cultura española*. Ante ella, la famosa *leyenda negra* no tiene nada que hacer”.

La obra que aquí reseñamos reúne una serie de trabajos sobre distintos aspectos de la educación humanística en la universidad novohispana, con motivo de la conmemoración del 450 aniversario de su fundación. Con este punto de partida los autores tratan de temas muy heterogéneos, bien sobre algunos personajes relevantes en la historia de la universidad, bien sobre las diversas disciplinas que se enseñaron en ella. A medida que leemos los trabajos, descubrimos el carácter de una institución que miró a su pasado con gran orgullo, que supo honrar a las figuras que se esforzaron por mantener el brillo académico de la institución y que, llegada la ocasión, mantuvo unidos a sus miembros para defenderse de ataques ajenos.

Estudiar el ambiente cultural de la universidad supone atender a un entramado de relaciones entre los personajes que la dotaron de vida propia (catedráticos, maestrescuelas, rectores, etc., sin olvidar a los estudiantes, que daban su razón de ser a la universidad). Tan sólo repasando la somera semblanza biobibliográfica que dan las monografías recogidas en este libro sobre algunas figuras académicas de gran renombre, observamos las conexiones entre ellas: así, el agustino fray Alonso de la Vera Cruz debió de tener en sus clases de teología al maestro Francisco Cervantes de Salazar, primer catedrático de retórica, de quien a su vez se enorgullece en su *Bibliotheca Mexicana* Juan José de Eguiara y Eguren, rector de la Universidad de México a mediados del siglo XVIII, que tuvo ocasión de presenciar las proezas académicas del joven Antonio López Portillo. A todos ellos se dedican sendos trabajos en este libro.

Tarsicio Herrera Zapién estudia la figura de “Cervantes de Salazar, inaugural maestro de retórica”. Este reconocido latinista debió de llegar a la Nueva España ca. 1550 y se le encargó la peroración latina que abría el curso académico en 1553, año de inauguración de la Universidad, en la que ocupó desde el principio la cátedra de

retórica. Su carrera académica, sin embargo, no había hecho más que comenzar, de modo que fue ocupando cargos cada vez mayores hasta que en 1567 llegó a ser rector de la Universidad. A la par desarrolló una carrera religiosa igualmente exitosa que le llevó probablemente a ser nombrado deán de la Catedral de México en 1575, pero el nombramiento le llegó cuando ya había fallecido. Su brillante trayectoria estuvo acompañada entonces –y en parte se mantiene hoy día– de cierta reputación de hombre ambicioso, que vio en su cátedra de retórica un requisito para ir ascendiendo en la vida universitaria. Se consideró a sí mismo un humanista, seguidor, en cierto sentido, de Luis Vives, a quien creía entender mejor que muchos por haber vivido en Flandes, al igual que el gran humanista valenciano, y porque, según Cervantes, ciertos pasajes de Vives *nisi ab eo qui apud Flandros versatus fuerit, percipi non posse*. De ahí que, aunque es autor de varias obras, algunas de las cuales muy queridas por él (como una *Crónica e historia de México* de la que tenemos noticia, pero no conservamos), se le ha recordado siempre por sus *Aliquot dialogi* (1554), que reúnen los *Diálogos* de Vives, con los comentarios que había hecho anteriormente Pedro Mota más los de Cervantes, y tres diálogos de su propia creación: *Academia Mexicana*, *Mexicus interior* y *Mexicus exterior*. Herrera Zapién se centra después en el primero de estos diálogos, el más valioso tanto por el elegante manejo de la sintaxis latina como por las notas costumbristas sobre la vida universitaria en medio de la naciente sociedad colonial. Este diálogo nos presenta en su mayor parte al joven mexicano Mesa, que, respondiendo a las preguntas del hispano Gutiérrez, recién llegado a la Nueva España desde Salamanca, ofrece una caracterización general de la universidad mexicana: describe a los estudiantes como *scholastici Minervae et Musarum amatores* y a los profesores como *industrios et in omni scientia versatissimos...et quales paucos habet Hispania*. Aunque no se insiste en ello en este estudio, resulta evidente la intención propagandística del diálogo, que se suma a una serie de iniciativas del claustro de profesores y del ayuntamiento de la ciudad que perseguían la concesión a la Universidad de México de los mismo privilegios que la de Salamanca, a lo que el rey finalmente accedió en 1562.

Ignacio Osorio Romero nos ofrece una taxonomía y un completo recorrido por la historia de “La enseñanza de la retórica en el siglo XVI novohispano”. En una primera etapa, que podría abarcar desde 1521 hasta 1553 o 1579, como veremos, la retórica fue cosa de los frailes, que la utilizaban para sus predicaciones –a menudo en lenguas indígenas–, y de los indios, que la aprendían para apropiarse de la cultura europea. Ya en los primeros años de la década de los treinta fray Arnaldo de Bassacio enseñó latín a un grupo selecto de la nobleza indígena; sin embargo, la institución más destacada de este tipo de enseñanza se fundó en 1536, como resultado de los esfuerzos de los franciscanos, el obispo, el oidor y el virrey: se trata del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco o “colegio de los indios gramáticos”. La enseñanza de la retórica en esta primera época se basó en Cicerón y en Quintiliano, pero, como estaba ocurriendo en España, también fueron utilizados los oradores cristianos como San Juan Crisóstomo, San Cipriano y San Agustín, entre otros; se

trataba, en definitiva, de “crear una nueva cristiandad entre los indios, la cual empleara a los clásicos para fortalecer la cultura cristiana”. Fray Diego de Valadés, de origen mestizo, educado en el Colegio de Santa Cruz, es quien mejor representa el tipo de educación que allí se recibía; sin embargo, no dará cuenta de ella hasta 1579 cuando publica su *Rhetorica cristiana*, que tenía un objetivo práctico: formar al orador cristiano sin desdeñar la retórica clásica y enseñar a hablar bien para buscar la salvación de las almas.

Con la fundación de la Universidad de México empieza una segunda etapa en la que se van distinguiendo las estructuras educativas de la sociedad civil (en la Universidad) y de la religiosa (en los conventos). La docencia universitaria estuvo en consonancia con las corrientes europeas del Renacimiento, y la influencia de Erasmo fue, en opinión de Osorio Romero, mucho mayor de lo que suele señalarse: la idea erasmista de que para la adquisición de la elocuencia es más importante el *usus* que los *praecepta* debió de estar presente en los primeros cursos de retórica que se impartieron en la Universidad. La docencia religiosa, por su parte, tuvo como protagonistas a los jesuitas, quienes, habiendo llegado a Nueva España en 1572 y fundado el primer colegio dos años después, asignan a la retórica el objetivo de formar en la perfecta elocuencia: para esto primero enseñaban la poética, que recibía el nombre de latinidad, y después la oratoria, en el curso que propiamente se llamaba retórica.

Mauricio Beuchot, estudioso de la filosofía aristotélica, analiza la “Teoría de la ciencia en Alonso de la Vera Cruz (México, siglo XVI)” y nos enseña que los primeros cursos de filosofía de la Universidad de México se inspiraron en gran medida en Aristóteles. Fray Alonso recupera la “lógica analítica” de Aristóteles, que constituye su axiomática, en la que los principios o axiomas han de ser no sólo universales y necesarios (como en las axiomáticas modernas), sino también evidentes. Trata este profesor agustino de los conocimientos requeridos para que haya ciencia (los preconocimientos científicos), considera la demostración como el modo propio de conocer, atiende a la dicotomía aristotélica entre principios comunes a todas las ciencias y principios propios de una ciencia particular y a la división entre ciencia *propter quid*, que procura dar la explicación causal de algo, y ciencia *quia*, que demuestra que una cosa es o existe. En suma, una parte importante de la filosofía aristotélica, la que propone una idealización de la ciencia, vive en el México colonial a través de la figura de Alonso de la Vera Cruz.

El estudio de Aurelia Vargas Valencia sobre “Las cátedras de la Facultad de Leyes en la Real y Pontificia Universidad de México” concluye que también en este aspecto la universidad mexicana debió mucho a la salmantina. La obra que el emperador Justiniano mandó elaborar en 533 para la enseñanza del Derecho en Constantinopla y que fue retomada siglos después por la Universidad de Bolonia, de donde Salamanca tomó el modelo, estuvo vigente en la universidad mexicana desde su fundación y, si bien con las variaciones que introdujeron sucesivamente los

estatutos ordenados por Farfán, Cerralvo y Palafox, mantuvo su esencia durante el período colonial. En esta época las facultades de Leyes y Cánones, de la metrópoli y de las colonias, tuvieron gran importancia para la Corona, dado que, ante la nueva situación política que venía determinada por la realidad americana, el Derecho debió buscar nuevas soluciones, pero siempre intentó conciliarlas con el espíritu del derecho romano.

Julio Pimentel Álvarez nos refiere los hechos más destacados de la vida de “Antonio López Portillo, verdadera joya de la Universidad de México”. Su caso fue el de un niño prodigio que daría esplendor a la Universidad de México: nacido en Guadalajara, con catorce años terminó el bachillerato en filosofía y estudió la carrera de teología en un solo año (cuando normalmente llevaba cuatro). Con veinticuatro años aceptó el reto que le propuso el oidor de Guadalajara de sostener una disputación pública en la Universidad, defendiendo tesis durante tres días enteros. El gran Eguiara y Eguren presenció aquel acto, en el que Portillo volvió a demostrar su brillantez; los maestros de la Universidad deliberaron y decidieron otorgarle de una vez cuatro doctorados: en filosofía, teología, leyes y cánones. Se cuenta que cuando se quería ensalzar a alguien con elogios se solía decir “éste es un Portillo”. Sin embargo, su reputación de sabiduría no impidió que una acusación, injusta, de ser el autor de un escrito en contra del mandato real hiciera que se le obligase a salir de México, lo que tantas veces ha provocado después el arrepentimiento de los mexicanos. Recaló así en Valencia, en el Colegio de Canónigos, donde pronto se ganó el respeto de todos. Murió en 1780, con cincuenta años; sus honras fúnebres se celebraron en la Catedral de Valencia, donde estuvo arropado por una multitud que le había querido y admirado en sus últimos años.

Roberto Heredia Correa en “Eguiara y Eguren, las voces concordes” nos trasporta al ambiente intelectual en que se gestó la *Bibliotheca Mexicana*. Todo comienza cuando en 1735 se publica el epistolario latino del humanista español Manuel Martí, deán de la catedral de Alicante, quien en una carta desprecia la cultura mexicana y aconseja a un joven estudiante que no vaya a México porque “buscar allá cosas tales [como libros, bibliotecas, estudiantes, etc.], tanto valdría como querer trasquilar un asno u ordeñar un macho cabrío”. Como no podía ser de otra manera, desde la Nueva España se respondió al deán alicantino, a menudo con desmesurada vehemencia; en este estudio, que busca abordar la polémica con objetividad, se atiende a las verdaderas razones que pudieron llevar a Martí a hacer estas declaraciones (se le equipara con Feijoo por su actitud en contra de la postración en que se encontraban las humanidades y demás estudios en España, la cual también es –y no sólo México– objeto de las acerbas críticas de Martí). Muchas figuras ligadas al mundo de la intelectualidad o de la Universidad escribieron sobre las excelencias de la cultura mexicana. Gracias a los fragmentos de textos seleccionados por Heredia Correa y a sus comentarios al respecto, podemos seguir con detalle este proceso, como si fuéramos testigos directos de aquella reacción nacional. Desde muy pronto

Juan José de Eguiara y Eguren se propuso dar noticia de los escritores novohispanos más destacados y recopilar algunas piezas suyas en una gran obra para demostrar al mundo la dignidad de la cultura mexicana; consiguió, además, que muchos le ayudaran en tamaño proyecto. Así surgió la *Bibliotheca Mexicana*, obra cumbre del humanismo novohispano, cuyo primer tomo se publicó en 1755. La muerte de Eguiara, acaecida en 1763, fue sentida por todo el pueblo mexicano y sus autoridades: con motivo de un funeral universitario celebrado en su honor unos meses después, el rector de la Universidad preparó una compilación de poesías y oraciones, muchas de gran altura literaria, donde distintos intelectuales, con un tono encomiástico, se despedían de aquel al que toda América “puede vindicarlo como a un héroe de la Nación”.

En el último trabajo recogido en este volumen José Quiñones Melgoza presenta una nueva traducción, más cuidada que las que podían consultarse hasta ahora, de “*La Universidad de México: texto neolatino de Juan José de Eguiara y Eguren, escrito ca. 1750 para su Bibliotheca Mexicana*”. Eguiara abre su inmortal obra con este artículo, titulado *Academia Mexicanensis* (o *La Universidad de México*), que viene a compendiar, en opinión de Quiñones Melgoza, las ideas más importantes que el mismo autor avanzaba en la introducción a sus *Selectae dissertationes Mexicanae*. El texto hace un recorrido por todos los eruditos y literatos vinculados con la Universidad de México, muchos de ellos estimados también en Europa, por lo que viene a cerrar oportunamente el libro que reseñamos, cuya pretensión ha sido precisamente revisar lo más granado que ha dado esta institución a lo largo de su historia.

*La universidad novohispana. Voces y enseñanzas clásicas* puede resultar recomendable, para un lector poco versado en estos temas, como un primer acercamiento al ambiente universitario de la Nueva España, ya que, por lo general, los estudios reunidos no requieren conocimientos previos sobre la América colonial, aunque en algún momento se puede echar en falta un trabajo introductorio con una perspectiva más general, la de los tres siglos de colonialismo español, que habría dotado al libro de mayor unidad. Para el lector especialista en el fascinante mundo del humanismo en Indias ha de suponer también una lectura gratificante, dados el carácter ensayístico de los trabajos y las opiniones que dan los autores sobre las materias en las que son reconocidos expertos.

MIGUEL GUTIÉRREZ MATÉ